

INSTITUTO DE CHILE

**“LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN
Y
LA CULTURA DEL IDIOMA”**

(Mesa Redonda)

1996

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación

Año Ed.

Registro Seaco

Registro Notis

9A(534-23 p3)

1996

Copia 1

048006

9A x 4284

048006

99 (534-23 p3)
1996
1980
19 x 12 1/2

INSTITUTO DE CHILE

**“LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN
Y
LA CULTURA DEL IDIOMA”**

(Mesa Redonda)
1996

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

INSTITUTO DE CHILE

“LOS MEDIOS DE COMUNICACION
Y
LA CULTURA DEL IDIOMA”

(Mesa Redonda)
1998

Editado por *Marianne Peronard Thierry*

Impreso por Salesianos S.A.,
Bulnes 19, Santiago de Chile.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE.

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

PRESENTACIÓN

La Academia Chilena de la Lengua, preocupada ante la amenaza de un paulatino empobrecimiento y deterioro del español hablado en Chile y considerando la influencia que sobre la lengua ejercen los medios de comunicación, consideró que había llegado el momento de salir de sus claustros y realizar algunas actividades públicas que ayuden a una mayor toma de conciencia, por parte de los chilenos, de los peligros que amenazan tan vital aspecto de nuestra cultura.

Para concretar este propósito, la Academia, junto con iniciar la publicación periódica de sus "Notas Idiomáticas" -de amplia difusión entre los agentes culturales más importantes, incluyendo los medios de comunicación- tomó la decisión de entrar en contacto directo con quienes laboran en esos medios. Consecuentemente, y como un primer paso, se invitó a una mesa redonda a todos los periodistas que habían sido galardonados con el premio Alejandro Silva de la Fuente con el que la Academia destaca anualmente a un periodista por el buen uso del idioma. Este encuentro tuvo como finalidad escuchar sus opiniones y puntos de vista acerca del uso del idioma en los medios, así como sus sugerencias sobre formas en las que la Academia Chilena de la Lengua pudiera colaborar a detener este deterioro.

Como una manera de conformar este primer acercamiento, a algunos de los invitados se les solicitó traer por escrito sus pensamientos al respecto. Otros, en cambio, contribuyeron con sus comentarios, expresados en el momento.

Respondieron al llamado de la Academia los periodistas señores Edmundo Concha, Emilio Filippi, Germán Gamonal, Héctor González, Horacio Hernández Anderson, Jaime Martínez Williams, Julio Martínez, Hernán Millas y Abraham Santibáñez.

A continuación se transcriben las intervenciones de los invitados a la mesa redonda, siguiendo estrictamente el orden de las presentaciones. Este material servirá de antecedente para las actividades que la Academia decida emprender en bien de nuestra cultura idiomática y para los futuros encuentros con quienes laboran en una de las instituciones de mayor influencia en el cultivo de nuestro Idioma, como es el conjunto de los medios de comunicación social.

ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

MESA REDONDA SOBRE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA CULTURA DEL IDIOMA

Sr. Alfredo Matus

Estamos aquí en una reunión interna, casi familiar, de los académicos con nuestros estimados galardonados de otrora con el premio Alejandro Silva de la Fuente, a quienes hemos acudido, en el fondo, para requerir su consejo en una materia que nos preocupa.

Dice Pedro Salinas, "la lengua, como el hombre, se puede y se debe gobernar. Gobernar no es violentar ni desnaturalizar sino, muy por el contrario, dar ocasión a las actividades de los gobernados, para su desarrollo armonioso y pleno."

Si la lengua no se pudiera ni debiera gobernar, las academias de la lengua no tendrían ninguna razón de ser. Precisamente la justificación de su existencia radica en su finalidad normativa. Ellas no constituyen entes de mera contemplación de la realidad idiomática. Para afirmar simplemente, que en Chile, por ejemplo, la mayor parte de la gente dice: "tengo la impresión que..." no se necesita una Academia de la Lengua. Por el contrario, las academias se transforman en instrumentos poderosos e insustituibles cuando asumen el papel histórico de constituirse en órganos propulsores de los procesos de estandarización lingüística, esto es, de los procesos de estudio y cultivo planificado de la lengua, los que en un idioma tan estandarizado como el español, adquieren particular complejidad y relevancia. Parafraseando a Salinas, me pregunto ¿cómo dar ocasión a las actividades idiomáticas para su desarrollo armonioso y pleno?

Hoy existe bastante acuerdo entre los lingüistas en el sentido de considerar que las mayores amenazas al desarrollo histórico de la lengua española son de índole, más bien, internas que externas. No tanto la enorme avenida de anglicismos que hoy inunda nuestros modos de hablar constituye asechanza. Los enemigos son mucho más solapados y provienen de nuestros propios modos de ser en estas postrimerías de siglo. El desgano, la apatía, la indolencia en materia del idioma predominan -si te entienden, habla como quieras- y la desorientación o más bien la falta de modelos prestigiosos conduce a comportamientos idiomáticos en los que el desatino y el desacierto parecen ser la única norma.

Ni la escuela, ni el hogar, en sus escalas reducidas, pueden ser los únicos aliados de las academias en una cruzada de reivindicación de los fueros de la lengua. Hoy se yerguen, con soberana presencia, los medios de comunicación. Se ha dicho que la lengua será lo que ellos se propongan que sea. ¿Se han propuesto, en verdad, algo en relación con estos destinos, que a todos nos conciernen?

Nos complace comprobar que esta preocupación es compartida por quienes han tenido y tienen notoria actuación en los medios nacionales. Aquí están privilegiadamente representados por un grupo de sobresalientes comunicadores que han respondido, no obstante sus apremiantes responsabilidades, a la convocatoria de la Academia a una reunión, que no quiere ser sino el primer contacto explícito y planificado, todavía exploratorio, con dichos medios. De aquí se espera que surjan iniciativas sobre cómo debieran continuar estos diálogos que la corporación se propone entablar con la prensa, la radio y la televisión, y que desea que sean permanentes, con el fin de analizar, conjuntamente, las deficiencias que impiden el desarrollo orgánico de una cultura del idioma, esto es, del cultivo planificado del idioma entre nosotros, y buscar los caminos por los cuales se debiera dirigir nuestra acción de modo

que, con verdadera eficacia, podamos asumir una responsabilidad histórica de tan delicada sustancia cultural.

Deseo dejar expresa constancia de los agradecimientos de nuestro instituto a cada uno de los que han comparecido a esta invitación, destacadas personalidades del periodismo y galardonados todos con el premio Alejandro Silva de la Fuente: señores Edmundo Concha, Emilio Filippi, Germán Gamonal, Héctor González, Horacio Hernández, Julio Martínez, Jaime Martínez Williams, Hernán Millas, Abraham Santibáñez.

Paso a ofrecer esta testera al grupo de relatores y a la moderadora que tendrá a cargo la coordinación de este diálogo.

Sra. Marianne Peronard: Moderadora

Como una manera de orientar la conversación de hoy día, en la invitación que se les hizo llegar a nuestros invitados se indicaron algunos temas en torno a los cuales queremos oír su opinión: cómo ven ellos la relación entre los medios de comunicación y la cultura de nuestro idioma; qué política o medidas concretas se aplican en el medio de comunicación en que se desempeñan o se desempeñaron en resguardo de este aspecto de nuestra cultura; qué medidas sugerirían para enfatizar el papel que los medios cumplen en el desarrollo de nuestra cultura idiomática, y qué actividades aconsejarían a la Academia para colaborar efectivamente con los medios en este sentido.

Comenzaremos con don Germán Gamonal, sentado en el extremo derecho de la mesa y seguiremos el orden de ubicación de manera que los últimos serán don Emilio Filippi y don Jaime Martínez Williams. Terminada la primera vuelta veremos si algún miembro de la mesa tiene algún comentario que agregar. Luego se ofrecerá la palabra a los demás invitados y a los académicos presentes.

Bien, don Germán Gamonal tiene la palabra.

Sr. Germán Gamonal

La primera impresión es de que creo que nunca me había tocado hablar ante tan selecto grupo de personas; es un grupo pequeño, pero, realmente, selecto. Quizás yo nunca había pensado que alguna vez tendría que exponer, con todo lo que esto significa, ante los académicos de la lengua, de manera que inicio mi intervención con mucho temor y con gran preocupación porque vengo de un mundo, que es donde quizás más se maltrata el idioma. Es complicado hablar aquí siendo un representante de un medio de comunicación, entiendo que el tema que hoy nos preocupa, ha sido un debate, ha sido una preocupación, esencial, del mundo académico, que analiza y busca dar cómo mantener la vigencia de nuestro idioma, mantener su belleza, quizás en uno de los lugares más difíciles donde el idioma es más maltratado, en los medios de comunicación.

Preciso reconocer una verdad irredargüible: en los medios de comunicación, como la televisión, la radio, las revistas, los diarios, el idioma español sufre, aunque quizás, no con tanto dolor, como en la publicidad o en algunos estratos de la población, especialmente en la juventud. Nuestra opinión franca es que en los medios existe un problema y darse cuenta de su presencia es esencial para tratar de encontrar una solución que yo, realmente, no diviso. Será tarea, quizás, de los académicos buscarle alguna solución, que no es fácil; como el médico debe, primero, saber qué mal sufre para luego tratar de buscar algún remedio.

Partamos, pues, de esa premisa, en los medios se ataca el lenguaje con una virulencia tal que es casi imposible defenderlo, especialmente por personas que improvisan en los micrófonos, o en las cámaras de televisión. Pre-

ciso es reconocer que en los medios escritos, ese ataque no es tan devastador, pero que también existe. En general, en los medios, nuestro lenguaje es maltratado diariamente. Una solución a lo anterior, como decía antes, no se aprecia tan simple, porque no basta decir que es necesario hablar correctamente, pues entramos por saber y precisar qué es hablar correctamente, y entramos en un punto en que hasta en las más doctas academias hay algunas discrepancias. El lenguaje evoluciona permanentemente, quizás los jóvenes, los trabajadores de los medios y ciertas actividades y profesiones, ayudan a introducir expresiones nuevas, y en ese sentido nuestra manera de hablar y de decir ha logrado ir ganando espacios en el diccionario de la Real Academia Española, pero no nos referimos a palabras que enriquezcan el idioma, sino a la manera de usarlo, más allá de cambios en las formas verbales, más allá de nuevas palabras, sino que en otros aspectos, como, por ejemplo, la mala pronunciación, el poco uso de vocabulario, en un idioma tan rico en vocablos diferentes, en sinónimos y en una singular belleza. Nuestro idioma sufre embates todos los días, y aunque sea triste reconocerlo, se le maltrata, especialmente, en el lugar del cual provengo, en los medios de comunicación.

Analizar esto es un quehacer de esta academia, y, quizás, de la propia prensa. El diario "El Mercurio" dedicó varias páginas de su cuerpo Artes y Letras hace apenas un mes, en que distinguidas personalidades se refirieron al maltrato que se da, especialmente, a expresiones de nuestro idioma y a la manera de usarlo y de escribirlo. En esta misma academia, no pocos de sus miembros dedicaron sus discursos de incorporación a tratar el tema y destaquemos, además, la serie de publicaciones de universidades, especialmente, los departamentos de Literatura, que han venido preocupándose de esta materia, aunque es preciso reconocer que 10 discursos, o 20 artículos, son menos poderosos que la presencia en una pantalla de televisión, por algunos segundos, donde se ve a un personaje bien vestido, de fama y que expresa con desenfado ¿cómo estoy?, ¿pa'dónde voy?. Ésa es la realidad.

¿Qué se hace para resguardar el idioma?, la verdad es que bien poco, casi nada. Quizás lo anterior es un juicio algo exagerado, pero en la radio, por ejemplo, no hay tiempo de hacer mucho, porque la instantaneidad del medio, que hoy como ayer, llega a toda clase social y a todo lugar, tiene ese problema. En las emisoras apenas, y en muy pocas ocasiones, hay tiempo de revisar un libreto, las más de las veces, ni siquiera se escribe una noticia determinada, y es preciso improvisar, con todo lo que esto significa. Ahí, surgen los errores y los horrores.

¿Qué se podría hacer para mejorar el uso del español? La solución, decía, no se ve tan simple, pero quizás esta propia academia debería volver a preparar esos pequeños boletines, que conocí en el pasado reciente, que junto con aclarar formas verbales, entregaban nuevas palabras, y quizás ésa podría ser la base de inquietudes, entre representantes de los medios, por mejorar esta terrible enfermedad que nos deja a mal traer a todos cuantos nos desempeñamos en radio, televisión o prensa escrita.

Por cierto, no nos referimos a los lapsus que, cual más o cual menos, hemos tenido en alguna oportunidad, a veces, también, dormita el buen Homero, decían los latinos, y hasta Cervantes se refiere a esto, según cita un estudio del Quijote, miembro de esta academia, Martín Panero, quien expresa: Cervantes, por boca de don Quijote, tan defensor del buen uso idiomático, reconoció que sobre la lengua tienen poder el vulgo y el uso. Es ésta una verdad de hecho, sin embargo, agrega el Profesor Panero, suelo glosarlo, diciendo que a pesar de ello, es conveniente mejorar los usos y oficiar menos el vulgo. Es una manera de caminar con buen paso por la, no siempre fácil, senda del lenguaje correcto.

Nuestro idioma se habla mal, pero además debemos luchar contra términos extranjerizantes que se van apoderando de la gente y, particularmente, de la juventud.

Tres senadores, yo tengo cierta deformación laboral y casi siempre tengo que entrar en el mundo de la política, aunque esté hablando de poesía o del Quijote. Tres senadores acaban de presentar un proyecto de ley en defensa del idioma. No sé si tendrá éxito, porque algunos proyectos de ley suelen morir en el camino, y otros son absolutamente impracticables; nunca hay que olvidar a aquel diputado que quería presentar un proyecto de ley para terminar con los terremotos en Chile. Como se puede apreciar, el idioma ya no sólo debe ser defendido por los miembros de esta academia, sino que saltó al Congreso Nacional. Los senadores Antonio Horvat, Nicolás Díaz y Roberto Muñoz Barra son los autores de esta iniciativa que hace pocas semanas comentaba el diario de gobierno, con bastante profundidad. Señalaba una cuestión que aquí, también se debate, cómo defender eficazmente al castellano, y decía el editorial del diario La Nación, lo primero es reconocer el enorme déficit que registra la enseñanza del idioma, a partir de la escuela básica. Los defectos se aprecian en las dificultades para leer y escribir, que tienen los egresados en la enseñanza media y más tarde, los titulados en la universidad. En gran medida faltan hábitos de lectura, por el hecho de que en los colegios no hay verdaderos estímulos; por ejemplo, la enseñanza mecanicista de la gramática levanta una verdadera barrera entre los estudiantes y el idioma vivo; otro tanto ocurre con la enseñanza de la literatura: contar el número de versos de un poema, en lugar de apreciar su sentido termina por fastidiar, incluso, al más entusiasta.

No es una fatalidad que los jóvenes chilenos tengan que hablar como ciertos animadores de televisión, tampoco lo es que su vocabulario se vaya reduciendo, cada día, y que no sepan redactar ni una modesta carta. La prensa tiene una gran responsabilidad en cuanto al formato del buen decir. Nadie está libre de pecado, en esta materia. Lo que se requiere es un empeño de toda la gente que trabaja en diarios y revistas, por cultivar un mínimo respeto por el idioma. Además, creo que es necesario reconocer otro he-

cho que se ve particularmente en la televisión, allí el rey es el raiting, y se habla por conseguir raiting. Quizás habría que recordar a Rubén Darío y en vez de cantar el oro, tengamos que entonar una canción al raiting, cantemos al raiting, rey de la creación, porque en televisión, todo se hace en función del raiting, y de allí los ¿cómo estay?, ¿cómo te va?, ¿pa' dónde vay?

Esto me recuerda un poco a Lope de Vega, monstruo de la naturaleza, según dijo Cervantes, que cuando le preguntaron -y el episodio está contado en uno de sus biografos Joaquín de Entrambasaguas-, ¿cuál es el éxito, por qué tanto éxito en sus comedias?, y ese poeta responde, en un libro que los académicos conocen, que se llama El Arte Nuevo de Hacer Comedias, y ahí señala lo que, quizás, es modelo de hoy de nuestros animadores de televisión, por lo menos en parte de ellos, porque jamás se debe englobar a la totalidad, dice Lope. "si el vulgo es necio y lo que paga es justo, hablarle necio para darle gusto" Creo que en esos versos está toda una filosofía de lo que sufrimos los que vemos, de vez en cuando, esos programas en que tan mal se trata nuestro idioma. El problema es qué hacer. Yo no tengo respuesta, pero creo que con la buena voluntad de los representantes de los medios de comunicación, y con el más mazo dando de los académicos, algún día tendremos que aprender a cultivar bien este idioma que, a mi juicio, es tan bello y que es tan olvidado. He terminado la primera parte.

Sra. Marianne Peronard:

Bien, hemos oído la primera parte del señor Germán Gamonal, con una visión, tal vez, un poco pesimista de la situación de nuestro pobre idioma en los medios, pero claro, él viene como representante, precisamente, de la radio, medio en el cual prima el lenguaje oral y, como señaló, en el cual la premura del tiempo y la improvisación atentan contra un uso cuidado del idioma. Oiremos ahora al señor Abraham Santibáñez.

Sr. Abraham Santibáñez:

Bueno, yo tengo otras deformaciones profesionales. Una de ellas es creer que nada se soluciona sólo con las leyes; por lo tanto, uno de mis argumentos es que creo que partir por las leyes no es la mejor manera de defender el idioma. Yo creo que en el fondo lo que ha dicho Germán Gamonal es insistir, más bien, en lo que debemos hacer nosotros, los que estamos metidos en esta materia. Pero quiero empezar por un comienzo un poco más lejano. Mi argumento es que, a partir de esta década, de 1990, cuando se volvió al sistema democrático, los periodistas chilenos descubrimos que estábamos ante un desafío nuevo e inédito: no se trataba solamente de retomar los viejos hábitos, sino de aprender a realizar nuestro trabajo en un mundo verdaderamente nuevo, en el cual las comunicaciones -y las relaciones de poder implícitas en ellas- habían cambiado radicalmente.

La rapidez, que es, en los hechos, instantaneidad; la multiplicidad de fuentes informativas; el acceso masivo -cada vez más fácil en razón de sus costos- a equipos altamente tecnificados, nos colocan ante dilemas insospechados. Y causa creciente preocupación que, en ese mundo nuevo, el valor de la palabra esté sufriendo duros embates que, como veíamos recién, para muchos pueden parecer fatales.

En estos momentos, la preocupación por la defensa del idioma ha llegado al extremo de proponerse una legislación en la cual se haga obligatorio el uso del castellano o se acompañe la correspondiente traducción en los textos publicitarios o informativos.

Se trata de una inquietud que debemos considerar positivamente, pero que también debemos situar en su justa perspectiva. Evidentemente es una demostración del arraigado convencimiento de que las palabras tienen sig-

nificados que van más allá de lo que dice el diccionario. Las palabras son un reflejo real de nuestra cultura, y en tiempos de globalización, supercarretera de la información y otras expresiones que nos hablan de intercambio extenso e instantáneo, hay muchas personas que sienten que, al desvalorizarlas por la invasión de extranjerismos, estamos poniendo en peligro valores muy permanentes y profundos, y por tanto queridos y respetables. Es por eso que no me cabe duda de las buenas intenciones de quienes han propuesto la medida. Pero, en su defensa de la pureza del lenguaje, parecen ignorar cómo se enriqueció nuestro idioma con la incorporación de términos provenientes de otras lenguas.

Muchos estudiosos, y creo adecuado mencionar particularmente entre ellos a Guillermo Blanco, han hecho notar el significativo aporte de diversos idiomas al castellano. A los romanos y a los árabes les debemos muchas nociones referidas a obras públicas y construcciones de defensa. A los árabes, además, un cierto deleite por mejorar y gozar las condiciones de vida.

Aun hoy se repite que el francés es el idioma del amor y de la diplomacia y el alemán el de la ciencia y de la guerra.

A los primitivos americanos les debemos algunos productos que, siendo placenteros, pueden ser o son un peligro: el chocolate y el tabaco. ¿Cómo desdeñar, entonces, o peor aun, rechazar los aportes que nos llegan de otras latitudes y otras sensibilidades?

Lo que ocurre es que antes la incorporación de nuevos términos se hacía al ritmo lento de los carruajes tirados por caballos o de los buques a vela. Hoy, los mensajes digitalizados corren con la velocidad de la luz por redes de fibra óptica y naturalmente se instalan en nuestros territorios lingüísticos con una facilidad nunca antes imaginada. Pero, en esencia, el fenómeno es el mismo y, por lo tanto, lo

recomendable sigue siendo esperar a ver cómo el uso acepta, incorpora, modifica o rechaza los términos extranjeros. No podemos pretender, creo yo, irnos a los extremos: ni cerrar las puertas a los invasores ni abrirlas indiscriminadamente de par en par.

Se pidió, en segundo lugar, que habláramos de las políticas o medidas concretas que aplicamos en nuestros medios para resguardar el idioma. Desde que dejé el diario La Nación, recién calificado como diario de gobierno, hace más de dos años, no estoy a cargo de un medio en especial. Sí, como docente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información de la Universidad Diego Portales, he tenido ocasión de analizar el tema y preocuparme de lo que ocurre o va a ocurrir con los futuros profesionales que estamos preparando.

Aquí, de nuevo, la incorporación creciente de las nuevas tecnologías al periodismo incide en el tema central de nuestro debate de esta tarde. La afirmación básica -compartida por muchos, es verdad, pero que conviene reiterar- es que la llegada de estas tecnologías a nuestras vidas diarias parece inevitable. Pero, agregaría yo, es también y sobre todo, deseable por variadas y justificadas razones. Desde que se terminó el uso de las viejas, voluminosas y contaminantes linotipias, cuyo recuerdo puede sin dudar alentar nuestras nostalgias, del mismo modo que lo hacen las queridas locomotoras a vapor, el trabajo de los periodistas ha ganado en tiempo y en limpieza. Hoy, los periodistas debemos asumir una mayor responsabilidad por lo que escribimos, ya que algunos guardianes del buen decir que vigilaban en el recorrido desde la máquina de escribir al papel impreso o al locutor, han desaparecido. Pero también hemos ganado sustancialmente en el respeto y la consideración que se debe -y debemos- a nuestro propio quehacer. Y ello no es desdeñable para quienes creemos en la importancia de la palabra justa, el adjetivo meditado y preciso y la construcción exacta.

Pero hay más. Una segunda reflexión se refiere a las angustias que surgen por el creciente traspaso de la palabra impresa a otras tecnologías. A primera vista podría creerse que la corrección en el lenguaje, la búsqueda de formas bellas y armoniosas está destinada a perecer entre bits y computadores, entre CD ROMs y multimedios. Las estadísticas muestran que hay menos lectores y que, para no perder más, los medios escritos deben adaptarse a exigencias que pasan por textos más breves, diseños más llamativos y una gran preponderancia del color y las ilustraciones. También se nos asegura que en los próximos años, al filo del nuevo milenio, los diarios y las revistas, tal como los conocemos, podrían haber desaparecido, reemplazados por tabletas electrónicas en las cuales cada usuario podría construir su propio diario o revista en forma personalizada.

Técnicamente ello es posible. Cuando se completen las redes de fibra óptica que ya se están instalando en Chile; con la implantación del multiportador y la popularización de los equipos que permiten utilizarlos, lo que hoy es apenas una posibilidad, será una realidad que deberemos enfrentar. Y ello ocurrirá en un plazo muy corto. De hecho, ya muchos de nosotros estamos ingresando a este mundo por algunas de sus muchas puertas de entrada.

¿Será inevitable, entonces, el cumplimiento de la profecía apocalíptica que anuncia desde hace varios decenios el fin de la era inaugurada por Johannes Gutemberg hace más de 500 años?

Hay quienes creemos que no. Y hay muchas y buenas razones para pensar así. La fundamental es que, cualquiera sea el medio utilizado, hay algo que seguirá siendo indispensable.

No será, tal vez, la palabra escrita. Pero será la palabra. El verbo, que nos ha hecho libres, que está al comienzo de la historia, es imperecedero. Va junto con el ser humano capaz de comunicarse, que necesita de los demás para ser realmente tal, para ser plenamente hombre o mujer, vivien-

do en sociedad. No importa el medio. Ya lo hemos visto muchas veces en el largo peregrinaje de la raza humana por desiertos y valles de la historia. Podemos tener la certeza, porque nos ha ocurrido antes, de que las nuevas tecnologías no perjudicarán la base de la humana comunicación, sino que la facilitarán, la harán más exacta y también más universal.

Por eso soy optimista. Porque creo que ninguna tecnología nos privará de la íntima satisfacción de comunicarnos con los otros, de compartir y conocer sus pensamientos y sus creaciones. Y para ello, la palabra -que es inherente al ser humano- seguirá siendo esencial. Es la base indispensable para expresar la solidaridad, para construir la democracia, para aplaudir y castigar a los actores públicos.

Soy optimista. Pero también estoy, como todos nosotros, preocupado. Porque cuidar la buena utilización de la palabra, alentar su corrección mediante la exactitud y la precisión, seguirán siendo tareas necesarias.

La primera o principal lección que tratamos de impartir a nuestros alumnos es que el periodista, si quiere comunicar, debe escribir o hablar de manera que lo comprendan.

Ningún esfuerzo suyo, ningún despliegue de buena voluntad sirve de nada si no es capaz de llegar al público, si no es capaz, como dicen los manuales de periodismo norteamericano, de contar una buena historia cada día. Y esto significa escribir y hablar en buen castellano.

En esta perspectiva, el periodismo debe ser invitación y medio de expresión. Debe ser lo que su naturaleza misma le pide permanentemente que sea: una vitrina abierta, donde tengan oportunidad de mostrarse todas las visiones, todos los aportes. No sólo por un problema ético, no es buen periodismo aquel que limita su visión, que sesga los acontecimientos y trata de encuadrarlos dentro de

moldes -culturales en este caso- rígidos. Aunque parezca simplista, quisiera subrayar que una fundamental tarea es ésta: ser el vehículo que permita el diálogo y la contrastación de ideas. No basta con ser simples espectadores contemplativos o una especie de administradores del derecho de admisión. Es también, y muy importante, papel del periodismo la incitación, la búsqueda de los aportes de quienes persisten en aislarse en torres de marfil o están excluidos del diálogo público, por cualquier razón. Un periodista no puede proclamarse tal si no es capaz de sentir los "signos de los tiempos" y encauzar el debate acerca de ellos.

Insisto. Creo, honestamente, que podemos tener una visión optimista. Entiendo como tal la sana convicción de que el futuro que estamos construyendo debe y puede ser mejor, que las utopías son siempre bienvenidas, que realmente es misión del periodismo y de los periodistas "estar al servicio de la verdad, de la justicia social, de los derechos humanos, de los ideales de perfeccionamiento de la sociedad y de la paz entre los pueblos".

Esta afirmación, es parte de la Carta Ética de los periodistas chilenos y ha formado parte de nuestras convicciones explícitas por muchos años. Resume bellamente, me parece, el mejor aporte que podemos hacer en la tarea de incentivar creativamente el uso de nuestro bello idioma. Muchas gracias.

Sra. Marianne Peronard:

Ha intervenido don Abraham Santibáñez, mostrándonos, desde otra perspectiva, cómo el avance vertiginoso de las nuevas tecnologías con su natural acompañamiento de extranjerismos, no es un fenómeno nuevo al cual es necesario combatir ciegamente. El contempla con optimismo esta situación seguro de que, como se ha hecho en otras épocas, el uso decantará tal invasión separando lo necesario de lo superfluo. Tampoco la posible decadencia del lenguaje escrito le preocupa exageradamente pues está segu-

ro que la palabra, elemento esencial en la vida del ser humano lo acompañará siempre.

Escucharemos ahora a don Edmundo Concha, quien ha tenido la gentileza de acompañarnos esta tarde para entregar algunas observaciones acerca del tema que nos preocupa.

Sr. Edmundo Concha:

En general, no le voy hacer ningún cargo a ningún medio de comunicación, no porque no lo merezcan, sino que porque proporcionalmente el problema es mayor en otra parte. En efecto, el problema está en este momento, en mi opinión, en la forma tensa en que está viviendo la sociedad chilena. Con una población de 13 millones 500 mil personas aproximadamente y un desarrollo económico social menor de lo que se proclama, se crea una atmósfera tensa, como dije, que descompone la sicología de la gente en general y la lleva al borde de la histeria.

Se puede deducir fácilmente que al menos Santiago es una ciudad de gente histérica; basta ver cómo manejan los automovilistas, cada uno de ellos va a una velocidad tal que uno supone que adentro va resucitado el doctor Asenjo a operar a alguien. Eso es sólo una muestra. Nadie hoy día parece tener tiempo y esta falta de tiempo y esta lucha por sobresalir en un medio excesivamente competitivo, donde las plazas por ocupar son pocas, en general, crean una sicología rabiosa, presta a la agresión, incluso física, y desde luego a la agresión verbal.

Yo sospecho que nunca en la historia de Chile, el idioma castellano se ha hablado en forma peor, de un modo más bastardo que el de hoy. Antes esto era menos notorio, incluso allí donde, si no tenía justificación al menos tenía una explicación, es decir, en el suburbio, en los extramuros, entre gente sin escolaridad, cuyos padres estaban pre-

ocupados obsesivamente en subsistir con los suyos y por lo tanto mal podían usar un lenguaje medianamente decente.

Pero acontece que con el ambiente de hoy y con la influencia del extranjero a través de la televisión, la gente está como molesta, está desazonada y ello la impele a hablar de la peor manera posible. Pero aquí ya no hay justificación para que muchos profesionales jóvenes en sus oficinas hablen a punta de puros garabatos. No es justo que esta moda sucia haya llegado incluso al género femenino. Yo he ido por Ahumada y delante mío han ido dos colegialas de 14 años, aproximadamente, con un cutis de porcelana ¡qué espectáculo más hermoso! Hasta que al sobrepasarlas escuché su lenguaje. Era un lenguaje que habría puesto colorado a un obrero de la construcción, horroroso, sucio. Yo digo, ¿hasta dónde llega esto?, ¿qué es lo que acontece, que el idioma se está hablando tan mal? Y ahí está el foco.

Ahora, soy partidario de no hacer un drama de ninguna cosa, porque nada nuevo hay bajo el sol. El mal lenguaje de hoy no es crítico, no supone una crisis en el lenguaje puesto que los que lo hablan mal, los que hablan a punta de puras procacidades, se hacen entender y los que lo escuchan, complacidos las más de las veces, lo entienden; por lo tanto, el castellano de hoy día, el que se habla en Chile, es un lenguaje viable, que funciona. Quienes pueden objetarlo, quienes pueden sentirse mal somos nosotros, los académicos, en primer lugar, los comunicadores sociales que por razones genéticas, creo yo, amamos el lenguaje y que también sabemos que no se puede enseñar mucho porque viene por dentro.

En el fondo es un problema de decencia e indecencia psíquica. Hay gente que tiene el alma sucia y punto, y hay gente que no, que ama la belleza y que la busca. Yo estuve muchos años haciendo clases en una cátedra que se llamaba Técnica de la Expresión con la esperanza de ense-

ñarles a hablar y a escribir de una manera no vulgar, eso era todo. Pero era bastante difícil obtener buenos resultados porque, si el tipo no tiene vocación, era lo mismo que si yo hiciera clases sobre una virtud que conviene al periodismo, el ser ingenioso. Yo no puedo hacer una clase y que, al cabo de hora y media, salgan puros Oscar Wildes. No, los pesados van a seguir siendo pesados. Entonces yo no soy muy iluso en cuanto a la acción que se pueda ejercer sobre este fenómeno, que no alcanza a ser una crisis porque es explicable y, a pesar de él, nuestro idioma funciona.

Creo, sin embargo, que ni la Academia, ni nosotros los comunicadores sociales debemos permanecer indiferentes. No, creo que algo se puede hacer, desde luego, por osmosis algo se gana. Ahora esto que se gana -yo quiero dejarlo bien en claro- es, desde mi punto de vista, de resultados muy aleatorios. Se gana, por ejemplo, en el mejor uso de las palabras. Por ejemplo, hay palabras erróneas que se usan todos los días. Yo tenía como cien ejemplos de términos que están mal usados, sencillamente, y que son usados todos los días, incluso por Ministros de la Corte y las más altas personalidades. Continuamente escucho, por ejemplo, "pero no obstante". Son dos conjunciones adversativas y una está de más desde luego. Estoy hablando de gente culta, entre paréntesis. En resumen, yo sugeriría lo siguiente (no me atrevo a aconsejar nada, sí sugerir): que la Academia, que ha tomado esta hermosa y oportuna iniciativa, más allá del círculo de sus propios miembros, se preocupase por el idioma, en su práctica, en su uso cotidiano, hiciera lo siguiente: enviara a las ciento y tantas escuelas de periodismo que hay aquí en Chile algunas minutas sobre corrección gramatical. Eso va a caer muy bien. Incluso mandárselas a los diarios, a los jefes de crónica. Yo, vez que tengo oportunidad de conversar con un jefe de crónica, les digo: esta palabra ya no se usa. En fin, pero por ahí yo sospecho que se puede adelantar algo más. Como esta ola sucia viene fuerte, yo creo que es muy difícil que logre-

mos resultados positivos en el corto plazo, porque la gente que ya está hablando mal no tiene remedio y va a seguir hablando mal, y lo demás es ser iluso.

Yo creo que, también, por lo que respecta a los medios de comunicación, será siempre extraordinariamente saludable que no incurran en errores muy ostensibles, porque la gente, los lectores, en general, cuando ven una letra impresa creen que eso está sacramentado, que eso se escribe así. Y resulta que se pasan errores y a veces ni siquiera son de los autores.

Yo recuerdo haber puesto, en alguna ocasión, la palabra anejo y me la corrigieron, poniendo anexo. Pero yo no quería la palabra anexo. No sé por qué no la quería, pero no la quería. A mí me acontece que de repente tengo un adjetivo que está bien, que nadie me lo va a objetar, pero a mí no me gusta. Y no sé por qué. Y camino, he caminado hasta seis cuadras, hasta que encuentro otro y ése me gusta. Y tampoco sé por qué. Pero resulta que ese adjetivo me ilumina toda la frase, y la eleva de nivel. Son sutilezas. Eso yo traté de enseñarlo, con algunos resultados, un 10% de los alumnos de periodismo pescan las cosas, la otra mayoría nada en absoluto.

En resumen, sugiero que la Academia envíe a las Escuelas de Periodismo, ojalá, a sus profesores, minutas, por ejemplo, enseñándoles, rectificando errores cotidianos. Un error, por ejemplo, que escucho todos los días es decir, "el Ministro tanto accedió a las 10 horas a su oficina". Por favor, acceder, significa consentir, no significa llegar, y cosas así.

Yo creo que por ahí se puede conseguir algo. Pero repito, no va a ser mucho, porque esta ola viene de focos mucho más poderosos que lo que es la Academia, y que lo que somos nosotros, los comunicadores sociales. Eso es todo lo que yo puedo decir.

Sra. Marianne Peronard:

Don Edmundo ha enfatizado un aspecto, con el que creo, estamos todos de acuerdo: la vida vertiginosa que todo el mundo lleva ahora, lo invita a ser descuidado con el idioma. Por otra parte, ha señalado que la juventud usa normalmente un lenguaje bastante procaz, sustituyendo verbos, adjetivos y sustantivos precisos por estos términos que adquieren significación genérica.

Ahora, don Emilio Filippi tiene la palabra.

Sr. Emilio Filippi:

Uno no puede sino estar de acuerdo en el diagnóstico hecho hasta aquí. Mi posición va, quizás, a rescatar un poco las licencias que se pueden dar los medios de comunicación en el uso del idioma. Pero yo quisiera -y no voy a decir nada nuevo- primero, afirmar que los medios de comunicación han tenido y tienen una extraordinaria importancia como exponentes y difusores de la cultura. En general, no sólo en la cultura del idioma.

Los medios exponen diariamente y a cada instante lo que ocurre en todos los rincones del mundo y son capaces de dar a conocer detalladamente cada uno de los procesos sociales y todas las manifestaciones culturales.

Esta función propia de los medios -diarios, revistas, radioemisoras y canales de televisión- los hace accesibles al común de las personas, al punto de contribuir decisivamente al desarrollo de la cultura colectiva.

Como expresión de los fenómenos que se dan en el interior de la sociedad y de los cambios en los hábitos y costumbres de la gente -hábitos y costumbres que se dan también en la manera de hablar, en la manera de pensar, en la manera de sentir- los medios de comunicación tienden a

mostrar las diversas tendencias que afloran en todos los ámbitos del entendimiento; revelan la forma de pensar del hombre común y la de los grupos de mayor o de menor nivel intelectual.

Desde luego, los medios de comunicación utilizan el lenguaje como un instrumento para llegar a su público. Éste adquiere tantas formas como sean precisas para sensibilizar el intelecto, la vista o el oído. El lenguaje debe ser, de este modo, apropiado, inteligible, de uso común y funcional al propósito que se ha tenido al usarlo; es decir, claro, preciso, fácilmente comprensible para la generalidad de las personas.

Hay autores que estiman que los medios deben usar lo que se denomina lenguaje culto, es decir, aquella forma de hablar y de escribir que usan los grupos humanos más preparados y de superior nivel de conocimientos. Otros consideran que, por el contrario, para que se produzca realmente una comunicación mayor y más cercana con el público, los medios deben tomar, del hablar corriente de la gente, sus giros y locuciones, puesto que el idioma, si bien debe mantener su pureza en lo esencial, para mantenerse vivo y ser útil a la comprensión de la mayoría, debe renovarse continuamente e incorporar a su vocabulario los modismos y expresiones populares comúnmente aceptados, tal como hace, por ejemplo, la Real Academia de la Lengua.

Esa era la opinión de don Carlos Silva Vildósola, maestro del periodismo chileno, quien escribía con gran donaire y corrección en un idioma ágil, suelto y, sin embargo, culto.

Un distinguido periodista español, Nicolás González Ruiz, se pregunta respecto de este tema, después de lamentar la invasión en los medios de comunicación de

vocablos espurios, de barbarismos y neologismos, “¿Es que el estilo periodístico debe tener una tendencia o una preocupación purista?”. Y él mismo se responde: “En modo alguno. El purismo es empeño fútil que ni siquiera pueden conducir hasta sus últimas consecuencias quienes se obstinan en llevarlo adelante. Pero la convicción de que el purismo no es afán propio del periodista no debe llevarnos hasta el extremo opuesto, es decir, hasta una despreocupación que pervierta el idioma”.

González Ruiz señala que el idioma es un organismo vivo, y como tal, va segregando células gastadas e inútiles y enriqueciéndose con otras nuevas. Palabras de uso corriente en el siglo XIX, hoy han caído en desuso y pueden parecer hasta ridículas. En cambio, el uso común y la necesidad de precisión, han consagrado vocablos relacionados con los descubrimientos científicos, con las nuevas tecnologías y las realidades del mundo contemporáneo. Las palabras nuevas se incorporan al léxico oficial con mayor lentitud que las necesidades de transmitir las a través de los medios de comunicación, lo que obliga a éstos a manejarlas con la soltura que el caso requiere. Este mismo periodista afirma: “Semejante fenómeno debe ser administrado con prudente y flexible cautela y no servir de comodín para la admisión en bloque de un vocabulario plagado de barbarismos y de neologismos inútiles. El trueque de palabras castellanas en pleno uso por palabras exóticas no se puede admitir. El rebuscamiento purista, tampoco”.

La transculturización producida por el ámbito universal que ocupan los medios de comunicación ha incentivado la incorporación al lenguaje de anglicismos, galicismos y modismos foráneos que, transmitidos masivamente, afectan el modo de hablar de los sectores más sensibles a la influencia de los medios, en especial de la televisión. Se podrá argumentar que el lenguaje debe ser funcional a lo que se desea decir para que sea compres-

ble. Sin embargo, tal objeción carecería de fundamento si con ella se pretende justificar las incorrecciones gramaticales, la mala pronunciación o el abuso de terminologías carentes de significado en cualquier idioma y que son modas juveniles a veces incomprensibles.

Los medios de comunicación social y los periodistas tenemos una responsabilidad en este sentido. Si bien es lícito acoger expresiones populares que definen claramente la cosa que se menciona, no lo es que se ayude a corromper el idioma en vez de contribuir a elevar el nivel cultural del público.

Esta reflexión pretende únicamente ser un modesto aporte para un diálogo, ojalá permanente, en el cual la iniciativa podría quedar radicada en esta Academia Chilena de la Lengua con el concurso habitual de los periodistas y de todas aquellas personas que tienen una real preocupación por el buen uso del idioma. Eso es todo.

Sra. Marianne Peronard:

Don Emilio ha presentado una posición de gran equilibrio que compartimos, aquí, en la Academia y ha dejado abierto el diálogo, cosa que agradecemos. Ahora escucharemos a don Jaime Martínez.

Sr. Jaime Martínez:

La relación entre los medios masivos de comunicación social y el buen uso del idioma es compleja y presenta rasgos contradictorios, sobre todo en lo que se refiere a los medios escritos, pues en los de radiodifusión sonora o televisual lo característico es el lenguaje hablado. En éste, los problemas son los propios de una expresión, por lo común, de acentuada informalidad y muchas veces claramente coloquial, salvo excepciones como, por ejemplo, la lectura de noticieros.

En la prensa, en cambio, los estilos son más variados y cubren toda la gama posible. Diarios y revistas, incluso aquellos que se definen como informativos, son vehículo frecuentemente utilizado para publicar obras literarias breves, en especial cuentos, poemas y ensayos. Abundan, también, los escritores que colaboran habitualmente en esos medios con columnas firmadas y se dice que en muchos periodistas hay un literato más o menos frustrado, en potencia. De manera que el periodismo escrito y la literatura están unidos por sólidos lazos y el lenguaje de la prensa es, en parte, el mismo que el del arte de la escritura.

Por otra parte, en el grueso de trabajos de diarios y revistas, el idioma es el instrumento fundamental de trabajo de todo comunicador y el buen o mal uso que de él se haga repercute directamente en el resultado de su esfuerzo, tanto en la claridad del mensaje como en su atractivo para el lector. En este sentido, sería razonable esperar que en los medios escritos existiera un cuidado extremo en esta materia, que llegara hasta a ser un factor educativo para el público.

Por desgracia, en la realidad actual el lenguaje de la prensa difiere poco -y cada vez menos- del que predomina en el común de la población, que en Chile es pobre y con frecuencia incorrecto. Peor aun, el periodismo ha llegado a ser, en más de un aspecto, un elemento corruptor del idioma, porque populariza vocablos y expresiones de rechamante extranjeras o mal adaptadas al castellano y otras vulgares ajenas o contrarias a las normas establecidas.

Tradicionalmente en diarios y revistas existía uno o varios "correctores de pruebas" que, aun sin poseer muchas veces una formación académica, solían ser personas cultas y además muy apegadas a las reglas gramaticales y al vocabulario oficialmente admitido. Ello era necesario por los numerosos errores propios del sistema de composición de los textos, pero servía además para corregir los defectos de los originales.

La introducción de nuevas técnicas, especialmente de la computación, permite ahora que el original llegue directamente desde su digitación por el autor al formato que se usará para imprimirlo, saltándose los pasos intermedios, con lo que en teoría se evitan las fallas de composición, ya que el propio redactor las puede corregir en la pantalla. La equivocación está en suponer que los periodistas están todos capacitados para hacerlo, y la verdad es que muchos de ellos no sólo cometen horribles faltas de ortografía, sino que adolecen de una redacción defectuosa, sin considerar los errores de contenido.

En el diario en que escribo existe aún el corrector de pruebas, pero éste se limita a revisar los textos de colaboradores externos y una parte muy reducida del material interno, como los titulares o el editorial. Además, en este caso, el problema se agrava por la velocidad con que se debe trabajar debido a la hora de salida del periódico, que es vespertino. Por lo tanto, hay que reconocer que el desafío no está resuelto.

La primera medida, por consiguiente, para mejorar la situación actual tendría que ser la de restablecer plenamente las funciones de corrección de pruebas. Más aún, ellas deberían ampliarse a un verdadero control de calidad que abaricara no sólo los aspectos de lenguaje sino también de contenido informativo para evitar las frecuentes equivocaciones en cuanto a fechas, lugares, nombres y toda clase de referencias.

Más de fondo sería el mejoramiento de la formación académica de los periodistas en general y, en especial, en cuanto al uso del idioma. Hay allí un asunto de currículo pero también de profesores. Así es fácil distinguir, según mi experiencia, a los ex-alumnos de Guillermo Blanco por el resultado notable de su enseñanza en la materia. Pero esta superación debe alcanzar al nivel cultural en su conjunto e incluir un ejercicio intensivo de la lectura, tanto de libros como de la propia prensa, aspecto en el que actualmente hay una deficiencia abismal.

Y si se quiere ser realista, habría que reconocer que la universidad cumple, en lo que se refiere a estos asuntos, una labor supletoria de la educación media. Es en ésta donde está esa falla fundamental en todo lo que se refiere a la expresión verbal y donde deberían encontrarse soluciones.

En el orden estrictamente profesional, sería conveniente que los medios tuvieran, como ocurre en otros países, un "manual de estilo", que orientara el trabajo de los periodistas y diera respuesta a sus dudas además de fijar el estilo del periódico. Su utilización frecuente ayudaría, más que a uniformar, a mejorar la redacción del común de los comunicadores.

En lo que se refiere a la Academia de la Lengua, ya es alentador que se preocupe del tema. Un aporte suyo importante consiste en la denuncia hecha con espíritu crítico y ánimo positivo. Lo puede hacer oficialmente y también a través de sus miembros. Un ejemplo digno de imitar es el que ha dado en España por mucho tiempo Fernando Lázaro Carreter con sus artículos publicados en la prensa madrileña, en los que ingeniosamente se ha burlado de los disparates idiomáticos, principalmente de los cometidos por periodistas.

Mientras no se mejore la enseñanza en colegios y universidades, la Academia debería promover la realización de cursos para profesionales en ejercicio y asesorar a las Escuelas de periodismo en cuanto a las materias que habrían de incluir en sus programas relacionados con este tema.

Actualmente, la Comisión de Educación del Senado está iniciando el estudio de un proyecto de ley sobre la valoración y el enriquecimiento del idioma castellano y su identidad en Chile, como aquí se ha dicho. Se trata de una iniciativa llamada a provocar debate, como ha ocurrido en otras naciones donde se ha planteado algo parecido. En efecto, la influencia que pueda tener una ley en un tema como éste u otros aspectos específicos, como la obligación

de transmitir un determinado porcentaje de música y expresión artística chilenas en la radio y la televisión, son discutibles. Pero en el fondo el proyecto responde a una realidad de deterioro en el manejo del idioma y, como afirman sus fundamentos, de "creciente uso de lenguaje foráneo" a costa del propio. Seguramente la Academia Chilena de la Lengua ha estudiado el problema y tiene mucho que decir al respecto, proponiendo medidas razonables y eficaces. Ojalá así sea para bien del castellano en este rincón del mundo. Gracias.

Sra. Marianne Peronard:

En la exposición de don Jaime Martínez hemos podido observar una interesante convergencia con, por ejemplo, Germán Gamonal, en cuanto a que en sus respectivos medios se atenta contra el buen idioma. Por otra parte, ha coincidido con don Abraham Santibáñez en que las innovaciones tecnológicas son, en parte, culpables de los problemas más graves que hay en la prensa escrita. Pero además ha propuesto interesantes medidas concretas que estudiaremos en la Academia para ver si podemos llevarlas a cabo.

Ahora, yo quisiera preguntarle a don Hernán Millas, si estaría dispuesto a hacer algún comentario.

Sr. Hernán Millas:

La primera pregunta que se me hace es ¿qué opinión tengo acerca de la relación entre los medios de comunicación y la cultura de nuestro idioma? Pienso que hay mucho libre albedrío en esta relación. El periodismo en general está preocupado, sin embargo, de otros imperativos: ya no sólo salir inmune de quienes buscan sofocar la libertad de expresión, sino evitar sucumbir ante el virus más peligroso, como es el que sufrió la industria del espectáculo, que exige sólo entregar sensaciones y, sin eufemismos, hablemos de morbosidad en la noticia. Sin embargo, pienso que el buen sentido, el buen criterio va a imponerse

y que el gran desafío de los medios de comunicación será la globalización de las comunicaciones. Con la televisión en vivo y en directo, con el Internet, estamos saturados de información. Nunca el ser humano pudo estar mejor informado y, paradójicamente, nunca había resultado tan difícil estar bien informado.

La crisis de la información -y en esto no hay espacio para la cultura de nuestro idioma- es como un impuesto que se paga por la globalización. Las aduanas de la comunicación dejaron de funcionar y todo contrabando idiomático, lo terrible, lo degradado, es permitido. Nuestros oídos se llenan al escuchar las transmisiones, por ejemplo, desde Miami, donde la población hispana, casi toda centroamericana, va elaborando un subidioma en el que se mezclan las expresiones más bastardas del inglés con las del castellano.

No le temo a las fusiones del lenguaje, pero hay que considerar que quienes intentaron buscar un mejor medio de vida en el sur de Estados Unidos, no fueron quienes podrían aportar los valores de su cultura. Con respeto a esos seres humildes, hay que admitir que ellos en sus países fueron también indigentes en educación.

Me he detenido a hablar de este segmento porque es el más preocupante. En mis viajes he constatado que, salvo unos toques de pronunciación, un chileno, un peruano, un venezolano, un colombiano, un nicaragüense, un mexicano con educación universitaria pueden perfectamente entenderse porque hablan el mismo idioma y lo manejan bien. En cambio, si descendemos en los niveles socioeconómicos y culturales, a ellos les será difícil entenderse. En cada uno de sus países, la pobreza los hace desnutrirse culturalmente, obligándolos a alimentarse con escasas palabras, las que van deformando para tratar de entenderse mejor. Lo peor es que como ellos suelen estar en mayoría, hay medios de comunicación que difunden sus expresiones y las alientan, pensando obtener una mejor recepción, o sea, un rating más alto.

Pero, contestando la pregunta, creo que los medios escritos son los que atienden mejor la cultura. Hay cuidado en la redacción; existen páginas y hasta suplementos dedicados a la cultura, donde no se espera una utilidad comercial y, ni siquiera, amortizar los gastos en papel y elaboración. En radio y televisión, en cambio, en la conquista de la audiencia y la teleaudiencia, esos espacios son muy escasos y en la programación general, en especial en sus teleseries, se cae en el renuncio de trasladar el lenguaje artesanal de quienes reducen el idioma a 50 palabras, cuando más, y que, más aun, las deforman: "oye, loco", "no estay pa'na", "y pa' qué me decí esa custión", "si no me creí", "y sabí que más, esta cosa me tiene hasta aquí, poh!".

Qué política o medidas concretas se aplican, me preguntan, en el medio de comunicación en el que me desempeño en resguardo del desarrollo de nuestra cultura. El diario La Época, asumió sus responsabilidades en el buen cuidado del idioma con diversas formas muy efectivas. Y es que consideró que un medio de comunicación tiene esa responsabilidad. ¿Por qué? Porque en forma subliminal está ejerciendo como profesor del idioma a todas horas. Muchas veces como muy mal profesor, como ocurre en la televisión. Pero vamos a lo que atañe al diario en que colaboro y qué está haciendo por el bien de la cultura de los lectores. Una fue contar con la ayuda sustancial de un manual de estilo. Ya cuando estaban en la revista Hoy, Emilio Filippi y Abraham Santibáñez tuvieron el buen cuidado de elaborar un manual de estilo. Un manual de estilo que no es lo mismo que las cartas de ortografía utilizadas en algunos medios. Ésta puede ser el arte de corregir correctamente las palabras, pero no basta porque requiere la sintaxis que enseña a coordinar las palabras y llegamos a la oración donde se alcanza toda la sinfonía del lenguaje. Pienso que la expresión "manual de estilo" está mal empleada, porque no se trata de implantar autoritariamente el estilo oficial en cada periodista, porque cada cual -y ésa es la importancia del verdadero periodista o escritor- tiene su individualidad para moverse suelto y fluido en su propio estilo.

Cuando Emilio Filippi era Director del diario La Época, el periodista John Miller, hoy editor informativo de un diario de Madrid, elaboró un manual de estilo, el cual fue sometido a la consideración de Filippi y de Ascanio Cavallo, entonces editor general, recogiendo sus observaciones. De este modo se obtuvo un texto que ha dado excelentes resultados. Este manual de estilo, está en manos de cada editor, que así cuida que el diario sea homogéneo en su decir. No se trata de aplicar una censura al idioma, que debe ser suelto y renovado, sino de evitar arbitrariedades, vicios, malezas y además darle armonía.

En seguida, es indispensable contar con un cuerpo de correctores de pruebas, que no vaya sólo comparando el texto original con el texto escrito y pillando con cierto sadismo las faltas de ortografía, porque éstas, a veces, resultan pecados veniales frente a las grandes violaciones al idioma. Para ello, el diario ha formado su cuerpo de redactores con profesores de castellano, a quienes no sólo se les pide que practiquen su saber, sino que también su criterio.

Esto, además de obligaciones que el diario cree que debe asumir, como es entregar diariamente varias páginas de redacción y otras de cultura. Esto puede ampliarse a todos los demás diarios que tienen estos suplementos; así, dos veces a la semana ofrecen un suplemento literario y diariamente páginas acerca del acontecer cultural. Y en sus páginas de redacción hay mucho cuidado en lo que atañe a lo que ahí escriben. El diario, por sus características especiales que no titula ni busca el sensacionalismo, y en el cual la crónica roja se reduce a sólo informar en forma muy escueta, no tiene una venta masiva. Va destinado a un segmento de lectores con cierto nivel profesional, lo que puede restringir sus ganancias, pero cumple con el gran objetivo de poder servir al lector.

¿Qué medidas sugeriría usted, me preguntan, para enfatizar el papel que los medios cumplen en el desarrollo

de nuestra cultura idiomática? No creo en los resultados de normas impartidas, porque esto huele a control, a censura, pero sí tengo confianza en un debate constante realizado por un organismo vinculado a los medios de expresión y que tenga la supervisión de esta Academia Chilena de la Lengua.

Para mí, los grandes daños al idioma, los han hecho el cine y los teléfonos; más que nada el cine y la televisión. El teléfono, ¿por qué? Porque el teléfono terminó con el gran hábito de la correspondencia. Ya ningún enamorado se preocupa de escribirle una carta a su amada, porque va a esperar dos días para que ella la reciba y otros dos días para obtener la respuesta. Es más fácil, más simple utilizar el teléfono, que no es precisamente un modelo del arte de la conversación, porque son monosílabos casi todos. Con el teléfono, ahora no habría un Cyrano de Bergerac, que pudiera recoger el problema de un amigo, que necesitaba que le escribiera una carta de amor. Los grandes personajes actuales no van a dejar libros donde se haga una antología de sus mejores cartas de amor o cartas de amistad. Tendrían que recogerse los llamados telefónicos grabados y eso no creo que prestaría gran servicio.

Y en cuanto a la televisión, terminó con el mejor hábito de nuestra infancia: la lectura, lectura, lectura, lectura. Leíamos, participábamos en competencias, en certámenes literarios. Todos los liceos, los colegios tenían su academia literaria. Ahora eso ya no existe. Ahora se hacen, a veces, certámenes de estudiantes que pueden resolver problemas matemáticos en pocos segundos, pero no se realiza ningún certamen de lectura. Creo que este consejo de televisión, cuyos ayatolas están dedicados sólo a ver el sexopecado y la violencia en la pantalla chica, no piensan que también existe la violencia contra el lenguaje. Echo de menos preocupaciones más valóricas por parte de este consejo. ¿Le han aplicado, alguna vez, alguna sanción a alguien que utilizó mal el idioma? Escuché, hace pocas semanas,

que un parlamentario, un Senador de la República, que tiene un buen pasar, que pudo ir a un buen colegio empleaba, sin embargo, dos veces la expresión verbal "hubieron" en un importante canal de televisión.

La lengua, y todas las lenguas, están esperando constantes reportajes. No son un pozo de aguas detenidas; están siempre turbulentas, aunque no lo apreciamos. El castellano actual -o español para muchos- es muy distinto al que se hablaba hace cien años. El castellano es un idioma vivo permanente. Un solo ejemplo. El poema escrito en castellano empezaba diciendo, "los sus hoyos tan fuertemente llorando"; ahora seguimos hablando el mismo idioma, pero ya no decimos "los sus ojos", sino que "los ojos" o "sus ojos". Los conquistadores llegaron hablando de "otor", que proviene de la voz latina "octorin", acusativo de "octoris", doctor. Aún en los campos de Colchagua, los campesinos siguen hablando de "otor", un arcaísmo heredado. El "mesmo" y el "agora" tienen idéntico origen.

La lengua es un producto del hombre, un producto cultural al que se presta escasa o nula atención en nuestros medios. Pero insisto; es en el oral y el televisivo donde está la gravedad. ¿Qué actividades podría desarrollar la Academia para colaborar con los medios, en este sentido? Hoy, con el solo hecho de convocar a esta mesa redonda a los periodistas que han recibido el honroso galardón Alejandro Silva de la Fuente, está confirmando su interés por ser el centro vivo de una lengua que amamos, porque es como la tierra que nos vio nacer, que traía las palabras que escuchamos a nuestra madre y que aprendimos a pronunciar. Este es el buen camino y sería una falta de respeto darle normas a una Academia que entiende bien su sentido.

Sra. Marianne Peronard:

Don Hernán, con ese sentido del humor que lo caracteriza, nos ha hecho reír, pero, al mismo tiempo nos ha

mostrado un panorama bastante real. Muy interesante fueron sus comentarios acerca de los esfuerzos que están haciendo en su diario por colaborar con la cultura idiomática de sus lectores. La idea de un manual de estilo fue planteada como un importante apoyo para quienes se preocupan por el buen decir. Aun cuando esos manuales de estilo tienen un sello particular de cada medio, creo que la Academia estaría dispuesta a colaborar ante las dudas que se le pudieran plantear. Bueno, ese manual de estilo, tiene que hacerlo cada medio de comunicación, y ahí, la Academia no tiene, creo yo, gran cosa que decir, pero seguiremos pensando.

Entre nuestros invitados no han participado don Julio Martínez y don Horacio Hernández. Quiero hacer notar que no deben sentirse obligados a hacer una presentación formal pues sabemos que no venían preparados para ello. Pero nos sentiremos encantados de escuchar sus comentarios.

Sr. Julio Martínez:

Yo venía a escuchar -que alguna vez sea yo el que escucha- y no he perdido el tiempo. Cada uno en su estilo, en su sello, con su gracejo. No nos vemos mucho, pero nos conocemos mucho. Todos estamos acá, de diversos ámbitos. Por supuesto, cuando recibí esta distinción, aquí, mi emoción era renovada porque era el primer periodista deportivo, y sigo siendo, que recibía este galardón. Entonces manifesté mi sorpresa y estupor que se hubiera entregado este premio al buen uso del idioma a un periodista deportivo, porque siempre se nos ha identificado, precisamente, como representantes de una especie de argot, una especie de lenguaje propio, eso que nosotros llamamos jerga. Efectivamente es una jerga la del deporte, pero por la evolución que aquí han señalado todos ustedes, ahora, ya los periodistas deportivos casi podemos hablar de la jerga con que hablan los demás, porque hoy ya se habla algo que ni siquiera es lunfardo, ni siquiera es argot.

Todo lo que aquí se está diciendo es muy efectivo. Quienes vienen de afuera son los que más se sorprenden. Personas que han estado en el extranjero por razones A, B o C, se muestran sorprendidas de lo mal que se habla en Chile y del imperio de la grosería, sobre todo de la juventud. Millas decía que la televisión había terminado con muchas cosas; yo creo que terminó con la tertulia donde uno, por lo menos, hablaba o escuchaba y por Dios que escuchaba cosas importantes e interesantes en la casa; entre otras cosas porque los padres estaban en la casa. Partamos por esa base, estaban; desayuno, almuerzo, once y comida. Ahora el patrón y el obrero salen temprano, muy temprano y regresan, desenfrenadamente, a su casa a ver televisión. Ese es el mundo, ése es el progreso cuando estamos al filo del cambio de folio.

Yo vengo contra la corriente, uso terno y corbata convencional. Mi madre era de Valladolid, entonces hablaba muy bien español; era muy culta y hablaba muy bien español. Pero a mí me llamó la atención desde pequeño, algo que también se dijo acá, que muchas veces decimos palabras extranjerizantes, sin saber lo que significan. Cuando yo escucho el coro celestial del Festival de Viña, con los grupos que vienen desde afuera que cantan en inglés, yo pienso ¿entenderán, sabrán lo que están cantando? No tienen idea lo que están cantando, pero es el ritmo, la vorágine que transmite esta juventud. Una vez, como a mi papá se le ocurrió llevarme al fútbol, al Santa Laura, le pregunté por qué a los jugadores de la Unión Española les gritaban "coño" desde la galería. Me parecía una palabra fea y mi papá me dijo: es que no saben lo que significa en Chile, si supieran no les dirían eso, y mi madre dijo "¡y no preguntes más!".

Yo lo único que puedo decir es eso, que hay muchas cosas que se maman; hay muchas cosas que uno las aprende, ahí, en la tertulia, como aprendí a conocer tantas cosas de Chile, de padres españoles, pero tan chilenos. En

una oportunidad venía yo del cementerio después de dejar flores cuando vi a una señora de negro que enderezaba sus pasos para enfrentarme. Estoy habituado a eso, por esto de la popularidad, pero esta señora me dice: "Mire, Dios me lo ha puesto en mi camino. Yo jamás pensé que usted pudiera haber dicho lo que dijo de mi padre, jamás pensé que usted hubiera conocido a mi padre". "Y ¿quién era su padre, señora?". "Don Ernesto Barros Jarpa". "Pero, señora, es que yo no lo conocí, pero en mi casa se hablaba tanto de él que para mí ya no resultaba un desconocido". Eso no se lo van a enseñar a nadie, ni en el colegio, ni en la universidad. Entonces, a lo que quiero llegar es que estas cosas se aprenden en la casa. Pero hoy el hogar no es precisamente un punto de reunión docente, digámoslo así. Entonces, por ahí podríamos empezar también buscando soluciones.

Ahora, la prensa se salva, en cierto modo. La prensa trata de aferrarse, como un náufrago asido a un madero. Escuché aquí algo de una corrección de pruebas. ¡Qué emocionante hablar de corrección de pruebas! Ya no existe el corrector de pruebas ¿Tiene capacidad el que corrige, para corregir al que cometió un error? Creo que no, no siempre, no siempre. Esa corrección de pruebas que nos llevaba a un manicomio. Tres de la mañana en el edificio de Compañía y Morandé, donde había tres diarios juntos, El Mercurio, Las Ultimas y La Segunda, donde era posible, por lo menos, conocerse, encontrarse en el ascensor con el señor Silva Espejo. Después, en el edificio de allá, muy funcional, muy moderno, muy americano, se ven una vez al año en el cóctel de aniversario. Allá por lo menos se estaba más abigarrado, por la estrechez. Bueno, y la corrección de pruebas, cuando uno iba por los pasillos y escuchaba ocho o diez personas hablando al unísono cosas distintas, porque estaban leyendo cosas distintas, era como para ponerse el tricornio de Napoleón, ¿Qué es esto?, pregunté yo la primera vez. Es la corrección de pruebas. Pero qué útil era la corrección de pruebas para evitar los errores que por último se podían corregir. Lo que se podía hacer en el metal caliente de la linotipia ahora no se puede hacer con la cibernética.

No, yo no soy un retrógrado. No piensen que soy un retrógrado, que todo tiempo pasado fue mejor, aunque en el deporte sí lo fue. Todavía no sé por qué, pero es así.

Podríamos hablar de tantas y tantas cosas, con desorden, pero lo que podríamos llamar el desorden organizado, como ha sido mi vida, un desorden organizado, con improvisación. Porque si ustedes me hubieran dicho que trajera algo, no es que no lo hubiera podido, pero me habría costado más traer algo. He preferido juntar, así, estas ideas, frente a la corrupción del idioma que es abismante. Lo mal que hablamos todos, y muy especialmente la juventud, que ha reducido el diccionario a 100 palabras y de ahí no sale. Ahora, el periodismo tiene mucha culpa también, y esto sí que es tema para cualquier otro día, para cualquier otra conversación, que está más allá de la función que trata de cumplir, dignamente, esta academia. El propio periodismo se ha desvirtuado, y el periodismo deportivo también, porque somos prisioneros del rating. Si lo que importa es que usted termine Teletrece y le digan, "oiga, 32 puntos". Aquí no importa lo que usted dijo, lo importante es que terminó con 32 puntos, y con eso nos vamos todos felices para la casa. A eso se reduce, desgraciadamente. Luchemos contra eso, pero también el periodismo tiene que aferrarse a sus principios. Porque el diario tiene que ser un instrumento de lectura, tiene que ser una comunicación, algo que signifique aprender. Yo creo que abrir un diario es aprender algo más, por supuesto que sí. Encender la televisión también debería ser lo mismo, pero no es así, desgraciadamente. El lenguaje que se emplea en la televisión es para engrosar el rating. Yo admiro a Gloria Munchmeyer, cuando el otro día dijo, "Hasta cuándo nos inventan la guerra de las teleseries, si nosotros no estamos en guerra con nadie. Yo no estoy en guerra con ninguna otra actriz. Si yo trabajo en el canal que más me convenga, porque soy profesional". Una actriz laureada mundialmente y la hacen participar a ella y a todos los demás, en el día del estreno, como en un partido de la eliminatoria del mun-

dial. Quien saca un punto más, quien un punto menos. ¿Eso es arte? ¿qué es esto?, no sé. Una vez, Jeanette de la Vega, a quien tanto admiro, dijo que llega un momento en la vida en que uno, sin ser muy pesimista ni negativo, tiene deseos de subirse a una colina para ver el ocaso de una civilización. Yo no sé si habrá llegado el momento en que, los que luchamos por esto, náufragos, también, asidos a un madero o predicando en un desierto, tengamos que subir a una colina para ver el ocaso de una civilización. Pero que estamos cerca, estamos cerca. En todo caso nos queda, en nuestra situación, por lo menos eso, la satisfacción de que estamos luchando y que luchamos por algo tan hermoso, como es el lenguaje. Tenemos el idioma con mayor número de sinónimos del mundo, el más hermoso de los idiomas, el nuestro, ¿por qué lo mutilamos, por qué lo destruimos, por qué lo utilizamos de esa manera en todos los segmentos de la población? No le echemos la culpa a los seres pobres, a los hogares sin cultura, no. Pero si en los segmentos altos la gracia es hablar mal y que las niñas hablen como hablábamos nosotros en el peor de los lenguajes, para creer que éramos más hombre con eso. Pero es un profundo error.

No sé si he sido demasiado amplio. En la televisión tienen la virtud de decirme ¡corten! Pero lo único que les pido, por favor, que al final no me diga que saqué 20 puntos, sino que lo que importa es lo que haya dicho y no la puntuación. Muchas gracias.

Sra. Marianne Peronard:

Don Julio le dio gran profundidad al tema que nos preocupa, al hablarnos de la influencia de la familia. Es, realmente, la base del problema y, tal vez, difícil de atacar. Ahora, curiosamente, él considera que la televisión, el medio donde él trabaja, es el lugar donde más se maltrata el idioma; los que trabajan en la prensa consideran que es en la prensa; los que trabajan en la radio, en ese medio. Ello nos lleva a concluir que nuestro idioma está sufriendo un fuerte deterioro en todos los medios de comunicación. Creo que es necesario que juntos hagamos algo.

Don Horacio Hernández, yo sé que no viene preparado, pero ¿quiere decir algunas palabras?

Sr. Horacio Hernández Anderson:

Quiero decir unas palabras más que nada para celebrar la iniciativa que tiene la Academia de la Lengua, que permite realizar estas reflexiones conjuntas y que, ojalá, nos permita concretar una forma permanente de colaboración y ver los muchos aspectos que comprende nuestra materia, que es realmente apasionante: lo que se refiere a la cultura del idioma.

Por lo general los centros académicos han sido criticados como reaccionarios frente a la actividad que desarrolla el periodismo. Yo no veo que esa acusación sea verdadera porque el periodismo mismo está muy vinculado a la literatura; ha dado nacimiento en su seno a grandes escritores y, en la actualidad, la literatura se nutre de los hechos a través del periodismo, donde se cuentan toda clase de historias realmente entretenidas, de apasionantes reportajes que adquieren una viveza enorme. Entonces, el idioma está en función de una creación literaria muy atractiva, no sólo desde el punto de vista de las bellas letras y la elegancia del estilo, sino también en cuanto pone en contacto la realidad con el hombre, el hombre que enfrente la realidad y aborde los problemas que caben en cada caso específico.

Yo creo que aquí no se trata tanto de buscar reparos a las formas gramaticales con que se escribe, que son desde luego importantes y que hay que atacar, sino que se llegue en un momento al fondo del problema que hoy nos reúne: ¿qué opinión tiene usted sobre las relaciones entre los medios de comunicación y la cultura de nuestro idioma?

Estamos ante el tema de la comunicación. Muchas veces se comunica la gente de un modo gestual hasta llegar a un extremo, allí donde el idioma es más bien el gesto,

la mirada, la entonación. Y cuando se está hablando de la cultura de nuestro idioma, yo me haría la reflexión de que va más allá de la simple forma gramatical o sintaxis. Diría, más bien, que así como hay necesidad del buen uso del idioma -donde los medios escritos son los principales responsables, porque la palabra impresa está como sancionando el uso y aleccionando a los lectores- también es importante el buen propósito al utilizar el idioma. Y a esto le doy una connotación ética, fundamentalmente ética, para hacer responsable al periodista de la misión que tiene frente a sus lectores: recoger bien la noticia, comentarla con objetividad, tomar partido, pero señalando la fuente. Yo creo que podemos tener ejemplos muy tristes, en la publicidad, de cómo se maltrata el idioma y no sólo se maltrata sino que se engaña al consumidor.

A eso voy yo: evitar que en cualquier forma el periodista olvide que el destinatario de la noticia es una persona que hay que respetar en su fuero interno, no hay que invadirlo con una apariencia engañosa. Y pienso que, naturalmente, estas cosas no son materia de ley porque inmediatamente quedaríamos expuestos a considerar que estamos violando la libertad de expresión, que atentamos contra el libre albedrío de las personas. Pero ya se ha hecho costumbre que se viole la intimidad del hogar, que no se respeten las normas de la vida privada y cada vez se hace más difusa esta línea de separación entre la vida pública y la vida privada.

Me gustaría mucho darle este sentido a la pregunta para señalar la responsabilidad, más que formal, de contenido de la misión periodística, de lo que se publica, de lo que se divulga, de lo que está siendo conocido en el mundo en el que nosotros estamos viviendo.

Ahora, con respecto al idioma, coincido plenamente en este pesimismo, porque, si no hay bibliotecas particulares, son pocos los libros que se leen; en el hogar malamente

a veces se lee el diario y se va llegando a síntesis tan espantosas que basta un número, un dígito, un código y ya se da por supuesto un mundo de situaciones sin que nadie se explaye respecto a los contenidos esenciales. Se borra así la antigua imagen de la conversación, que se recordaba hace un momento.

Siendo una materia tan vasta e insistiendo en la parte ética fundamentalmente, más que en la pureza de la forma en la pureza de contenido, aunque estuviera muy encubierto en esta forma lo que no se debe decir. Ahora, lo que no se debe decir no debe entenderse tampoco como una forma de censura, como algo que se debe atajar de manera policial. Pero en los abusos, por ejemplo, de la publicidad, yo me inclinaría en ciertos aspectos a considerar que la ley pudiera actuar en el sentido de multar, como ocurre en otros países cuando la propaganda está mal escrita con propósitos comerciales. Y eso sería todo.

Sra. Marianne Peronard:

Gracias, don Horacio. En realidad el punto de la ética, frente a los medios de comunicación, es un punto delicado. El respeto por la dignidad del otro, el respeto por la veracidad, debieran ser motivo de preocupación central en todos los medios de comunicación.

Bien, ¿alguien quiere hacer algún comentario a los comentarios?

Sr. Santibáñez

Yo quisiera hacer una propuesta muy breve, porque creo que ha sido muy productivo el trabajo nuestro hoy día.

Coincidiendo con todo lo que hoy se ha dicho, me gustaría puntualizar que creo que estamos todos de acuerdo en que el diálogo debe continuar y me parece que ésta es la instancia adecuada.

Lo que yo había pensado, también, era que una cosa interesante sería, tal vez, incentivar a los estudiantes de periodismo mediante algún tipo de concurso que permitiera alentar el buen uso del idioma. Como yo estoy vinculado a la docencia, quería hacer ese aporte. Yo creo que podríamos. Hay varios organismos que han pensado en hacer algún tipo de concurso. De hecho, los que estamos aquí hemos recibido el premio de la Academia. Creo que podría pensarse en otra instancia para estudiantes y en eso me gustaría mucho si yo pudiera colaborar en eso, estoy dispuesto. Porque estamos todos de acuerdo en que es ahí donde hay que partir hoy día, por lo menos es uno de los ángulos. Ese es mi aporte.

Sra. Marianne Peronard:

Gracias, fue un aporte muy valioso, una proposición muy factible. Todo lo dicho se va a transcribir y se les va, a hacer llegar a ustedes previo a su publicación. Luego la Academia hará un plan de trabajo para ver cómo continuar el diálogo, para que sea fructífero y se pueda llegar a decidir medidas concretas en favor de la cultura lingüística en nuestro país.

COMENTARIOS GENERALES

Sra. Marianne Peronard:

Bien, agradezco una vez más las observaciones y comentarios que el tema "medios de comunicación y cultura idiomática ha merecido por parte de nuestros invitados. Estos serán considerados cuidadosamente por los académicos y servirán de base para elaborar un plan de actividades. Al mismo tiempo se les hará llegar una transcripción de lo aquí expresado que será de gran utilidad para las próximas reuniones que se organizarán en un futuro cercano.

¿Algún comentario de los Académicos? Tiene la palabra el señor Héctor González.

Sr. Héctor González

Muchas gracias. La verdad es que yo estoy aquí, como en doble carácter: yo soy uno de los que recibió el honor del premio Alejandro Silva de la Fuente, pero sin duda recibí un mayor honor cuando, ya hace 18 años, se me invitó a pertenecer a esta Academia con carácter de miembro correspondiente. Y lo que puedo yo decir, en dos palabras, sobre mi experiencia es que gracias a Dios, en estos 18 años he tenido la oportunidad de recibir, por lo menos una o dos veces al mes, una lección gratis del buen uso del idioma escuchando las exposiciones de los académicos.

He escuchado con gran atención lo que han dicho los colegas y veo que hay una coincidencia en que una de las cosas que puede hacer la Academia es hacer llegar observaciones sobre el buen uso del idioma. La realidad es que -yo creo que no todos lo saben- la Academia ya ha publicado dos boletines y seguirá publicando cuatro al año. Quizás lo que debiéramos hacer es que este boletín tenga una mayor difusión, que llegue a un mayor número de personas, que llegue a las redacciones de los diarios no solamente al director, quien probablemente le eche una hojeada para después dejarlo junto a un sinnúmero de papeles que se acumulan sobre su escritorio. Que, en lo posible, el número de ejemplares llegue a gran número de periodistas. Yo creo que eso sería muy útil. Al mismo tiempo creo conveniente solicitarles a cada uno de los periodistas que reciben estos boletines que colaboren haciendo observaciones; no criticando, porque no se trata de eso, sino que encontrando, en su propio medio, algún uso indebido del idioma que pudieran hacer llegar a la Academia para que se incorpore en su boletín y así evitar, en lo posible, que se repita.

Yo sé lo difícil que es, estimado director, porque sé que eso tiene un costo muy alto y que a la Academia le ha

sido muy difícil editar este número dos, pero yo creo que podrían hacerse de algún modo los esfuerzos en ese sentido para que llegue a mayor número de personas, en lo posible.

Muy brevemente, se ha hecho mención en dos oportunidades a la ley de defensa del idioma, llamémoslo así, que está, en este momento, en el Senado. En realidad, yo creo que dentro de la Academia ya hay una opinión sobre esta ley y yo tengo además otra, desde el punto de vista de periodista. Yo creo que imponiendo una defensa del idioma, por lo menos con el texto que genere la ley, no se va a conseguir absolutamente nada, sino que, probablemente, se podría conseguir, quizás, la destrucción de los medios informativos. Porque es tan drástica la ley que no se han contentado los legisladores con todas las sanciones que están proponiendo, en lo que se llama actualmente Proyecto de Ley de Prensa, sino que se están inventando otras sanciones para los medios de comunicación. Usar mal una palabra en un medio de comunicación masivo o usar una palabra extranjera sin la traducción de inmediato, de acuerdo con el Proyecto de Ley, hace incurrir, la primera vez, en una multa de 12 unidades tributarias, se duplica cuando es por segunda vez y a la tercera vez, se clausura el medio. De este modo, el día que el medio de ustedes diga Madame Butterfly, y no ponga inmediatamente "Señora Mariposa", o siga llamando "top ten" al Chino Ríos y no le ponga "alto diez" o que, en ese mismo medio, por tercera vez, se diga "rating", inmediatamente incurre en clausura. Bueno, más que nada era una observación que deseaba hacer. Gracias.

Sra. Marianne Peronard:

Por lo avanzado de la hora damos por terminada esta sesión. Agradezco, a nombre de la Academia, la gentileza que han tenido al aceptar nuestra invitación y la buena disposición para aportar sus ideas en torno a los temas propuestos.



